JOSÉ ENRIQUE RODÓ:

MOTIVOS DE PROTEO

By

Zidia O. Stewart

A THESIS

Submitted to the College of Arts and Letters
Michigan State University
in partial fulfillment of the requirements
for the degree of

MASTER OF ARTS

Department of Foreign Languages

1963

ÍNDICE DEL CONTENIDO

	PÁGINA
INTRODUCCIÓN	i
CAPÍTULO	
I. RODÓ Y SU ÉPOCA	1
II. EL NACIMIENTO DE UNA OBRA	9
III. MOTIVOS DE PROTEO: EL TEMA	19
IV. LAS PARÁBOLAS	37
V. EL ESTILO	55
CONCLUSIÓN	61
BIBLIOGRAFÍA	65

INTRODUCCIÓN

No es mi intención escribir una biografía de José Enrique Rodó ni hacer un estudio de su obra en general. Mi propósito es solamente estudiar y analizar su obra maestra: Motivos de Proteo, publicada en 1909.

Después de haber leído Ariel, publicado anteriorment en 1900, podemos notar desde luego que Rodó no podía de modo alguno detenerse en esta obra; tenía que desarrollar con mayor amplitud sus ideas; escribir una obra de carácter universal, dirigida no sólo a la juventud de Hispanoamérica sino a la juventud de todo el mundo, de todos los tiempos. De ahí surgió su obra magistral, los Motivos de Proteo. Una obra complementa a la otra. Como afirma Jesús Castellanos, "Ariel fue el Evangelio de la educación espiritual; Motivos de Proteo fue el Evangelio de la voluntad sirviendo a la vocación."[1]

En Ariel el propósito de Rodó es iniciar entre los jóvenes de su época cierto movimiento de ideas para que ellos orienten su espíritu y coordinen sus ideales dentro de las condiciones de la vida social e intelectual de la sociedad de su época. Rodó defiende la integridad de la persona humana, la superioridad de los valores del espíritu. En

---

[1]Jesús Castellanos, dos optimistas; lecturas y opiniones críticas de arte (La Habana: Colección póstuma publicada por la Academia Nacional de Artes y Letras, 1914), pág. 103.

Motivos de Proteo estas ideas son estudiadas con más amplitud y mayores detalles y están matizadas de reflexiones y consejos tendientes a fomentar la formación moral, intelectual y artística de cada individuo en particular.

En Motivos de Proteo descubrimos ya al autor universal que escribe impulsado no tanto por el sentimiento patriótico, como por el sentimiento humanitario, por el firme deseo de ayudar y guiar a sus semejantes.

Para mí, esta obra de casi quinientas páginas, es un manantial inagotable de ideas, de enseñanzas que merecen un estudio especial.

Mi propósito en primer lugar es dar una idea general de la época a la que perteneció Rodó, de las tendencias literarias a la que se afilió y así establecer su posición en la literatura uruguaya, o mejor, en la literatura hispanoamericana.

Luego trataré de delinear la repercusión de su libro en el mundo intelectual y dar una idea general de los temas contenidos en la obra. Después de apuntar los varios temas, pasaremos a un estudio detallado y más amplio de cada uno.

Rodó ilustra sus mensajes con bellísimas parábolas que, además de estar íntimamente ligadas a la obra, constituyen por sí mismas un magnífico campo de estudio. Por eso, dedico uno de los capítulos de mi tesis al estudio de sus parábolas, tratando de explicar su correlación con el tópico discutido. No se puede prescindir tampoco de un estudio del estilo rodoniano, ya que el gran maestro uruguayo fue un verdadero cultor del estilo, ya que éste ha sido sobradamente estudiado por peritos y no queda

casi nada por decir; tan sólo quiero hacer hincapié en algunas modalidades de su estilo parabólico, tan admirable por su belleza y perfecta coordinación dentro de la obra.

Presupuesto este plan, trataré de dar una visión general de esta verdadera joya de la literatura hispanoamericana.

PRIMER CAPÍTULO

RODÓ Y SU ÉPOCA

José Enrique Rodó, el autor de Motivos de Proteo, fue no sólo un artista incomparable de la forma sino también un ensayista vigoroso que nos habla de las potencias creadoras que coexisten en nosotros, de los sueños, de las vocaciones, de las aptitudes, y de ese modo, trata de infundirnos ideas de amor, de serenidad y de consuelo.

Su obra refleja sabiduría y enseñanza, entusiasmo y esperanza; su poder de confianza del hombre dueño de sí, pone en su obra la más firme y bien intencionada virtud de persuasión. Rodó fue un verdadero maestro que supo educar por medio de sus libros y para él nada tenía tanta importancia como un espíritu bien orientado hacia un futuro venturoso. La influencia de Rodó está aún viva entre nosotros y sus libros se hacen más y más populares a medida que los lectores descubren la sinceridad de su mensaje. Él mismo nos dijo que dejaría su personalidad en su obra y correspondencia y, en una de sus cartas a su amigo Francisco Piquet, afirmó:

> Tracé mi destino en la vida: el de manejar la pluma. Y a tal destino me atengo. Hay mucho que hacer en América con ese instrumento de trabajo y yo me debo a esta América donde mi nombre suele despertar resonancias que no son vulgares, ecos que vuelven a mí en forma que me estimula y me enaltece.[2]

---

[2] José Enrique Rodó, Obras completas, Edición y prólogo a Emir Rodríguez Monegal (Madrid: Aguilar, 1957), pág. 1279. Todas las citas de las obras completas serán de esta edición.

Para sentir el mensaje de Rodó es necesario concentrarnos en nosotros mismos; para apreciarle es necesario conocer los impulsos del ideal y para interpretarlo y criticarle es necesario un conocimiento general del panorama literario de su época.

Podemos decir que Rodó no tuvo precursores que anunciasen su aparición en las letras uruguayas; tuvo solamente compañeros autodidactas que, como él, luchaban por transmitir sus ideales, sus anhelos. A este grupo de escritores se denominó la "generación del 900;" como componentes de esta generación podemos mencionar al crítico Samuel Blixen, al novelista Carlos Reyles, al cuentista Javier de Viana, al dramaturgo Florencio Sánchez, al filósofo Carlos Vaz Ferreira y a los poetas Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira. Notamos que todos los integrantes de esta generación "concibieron su obra desde un plano universal, levantando el punto de mira nacional, incorporando la literatura uruguaya a la gran tradición literaria de Occidente."[3]

Rodó fue uno de los componentes de esta generación, compartió de sus ideales, de su entusiasmo, pero no se dejó influir por ninguno de ellos. Conviene todavía apuntar su admiración por escritores platenses como Andrés Lamas y muy principalmente José María Gutiérrez. Uno y otro

---

[3] Ibid., pág. 76.

inspiraron en Rodó el rumbo de su carrera literaria. De ellos heredó su eclecticismo y espíritu conciliador entre la tradición histórica y las innovaciones de su época, entre la libertad romántica y la gravedad clásica, entre la originalidad autóctona y la influencia de la cultura europea.[4]

Luego con la madurez de su ingenio, descubre las huellas de los pensadores europeos y, encerrado en la biblioteca del Ateneo, se familiarizó con todas las ideas filosóficas y sistemas de crítica de los antiguos y de los modernos. Allí se empapó de conocimiento y de ideas, y su mente, como un fértil suelo propicio al cultivo, empezó a dar brotes de su propia cosecha.

En una de sus cartas a Francisco Piquet, Rodó dice con bastante orgullo: "Mi mayor satisfacción es poder decir que cuanto soy y valgo intelectualmente lo debo a mi esfuerzo personal, a mi trato directo con los libros."[5]

De un modo general, los autores y las ideas que ejercieron influencia sobre su mentalidad fueron aquéllos que tenían íntima afinidad con su índole o que respondieran a su temperamento.

El genio de Rodó ya había traspasado el límite de la inteligencia común que le rodeaba. Durante su vida el Uruguay no podía ofrecer ningún otro prosista de tan gran relieve, un escritor cuya obra interesara

---

[4]Alberto Zum Felde, Proceso intelectual del Uruguay (Montevideo: Editorial Claridad, 1941), pág. 226.

[5]Rodó, pág. 1279.

en todo el mundo de habla española. No quiero decir que no había producción literaria digna de nota en el Uruguay de su época; pero tal vez no hubiese una cabeza que pudiera competir con la de Rodó, con su capacidad de plasmar ideas y pensamientos.

Rodó mismo reconoce la importancia literaria de algunos de sus contemporáneos como por ejemplo con ocasión de un homenaje póstumo a Samuel Blixen, afirmó que

> El nombre de Blixen vivirá en nuestra tierra mientras quede en ella un rastro de interés por la cultura del espíritu y los deleites superiores del arte. Su actividad continua y entusiástica en la propaganda del amor de lo bello, de lo selecto, de lo desinteresado, bastaría a asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en sociedades como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal comprendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora mucho más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad.[6]

También al criticar Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica de Alberto Nín Frías, afirma que en su época ya se encontraban espíritus capaces de discurrir sobre temas de filosofía, de literatura o de arte, a pesar de lo limitado del ambiente; añade que lo que les faltaba era la persistencia del interés y tal vez el estímulo, el incentivo.

Después del romanticismo, ya a fines del siglo XIX y principios del siglo XX surge en Hispanoamérica el gran movimiento literario, el modernismo, encabezado por el genial nicaragüense Rubén Darío. Rodó, en su estudio crítico sobre Rubén Darío se reconoce modernista y proclama la realidad de esta tendencia en la crítica, en el ensayo y

---

[6] Ibid., pág. 611.

en el cuento filosófico, además de hallarla en la poesía. Del modernismo se puede decir que es un movimiento ecléctico, porque en él se reúnen elementos y temas del romanticismo, del parnasianismo, realismo, naturalismo, simbolismo, decadentismo y otro movimientos del siglo XIX.

En el prólogo a Narraciones de Juan C. Blanco Acevedo, Rodó reveló su criterio sobre el nuevo movimiento:

> La escuela que hoy domina en América, como un compuesto extraño de mil influjos diferentes, nos lleva a una inmoderada avidez de la sensación desconocida, de la impresión nunca gastada, de lo artificial en el sentimiento y en la forma; y éste es tal vez su único carácter de uniformidad.[7]

Uno de los rasgos del modernismo, según Sarah Bollo, "es su tendencia metafísica;" y explica que "estos artistas admiten un mundo invisible, de honda sugestión, al cual tienden y con el cual se obsesionan. Para ellos la realidad no termina en la materia que se ve y se palpa, sino que más allá hay región en que los espíritus se liberan durante esta vida y después de la muerte."[8] Según sus observaciones, "esa tendencia metafísica de los modernistas, de honda raíz barroca y de signo romántico, indicaba la superación del Positivismo en América y la aparición de un nuevo idealismo, tal como lo preconizaba Rodó en "Rumbos nuevos."[9] Este es un artículo de crítica literaria en que Rodó comenta el libro Idola Fori de Carlos Arturo Torres:

---

[7] Ibid., pág. 963.

[8] Sarah Bollo, El modernismo en el Uruguay (Montevideo: Impresora Uruguaya S. A., 1951), pág. 101.

[9] Ibid., Pág. 102.

> El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las ideas, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad.[10]

En el final del siglo XIX notamos en el ambiente literario del Uruguay nuevas tendencias estéticas e ideológicas: el realismo literario y el positivismo filosófico. Arturo Ardao, en su estudio sobre el positivismo en el Uruguay nos afirma que el mismo surgió después del 75, aunque antes tuviera ya algunas expresiones. Lo iniciaron Angel Floro Costa y José Pedro Varela; lo impulsaron eficazmente José Arechavaleta y Julio Jurkowski, profesores de la Facultad de Medicina; personificó su hegemonía en la Universidad Alfredo Vásquez Acevedo, Rector casi sin interrupción desde 1880 hasta 1899, considerado el verdadero jefe del positivismo uruguayo de la época.[11] Pero el triunfo del positivismo en el ambiente universitario se consumó sólo hacia 1890; Herbert Spencer, el nuevo Aristóteles sistematizador del positivismo científico del siglo XIX, fue el pensador predominante en las cátedras de filosofía;

---

[10] Rodó, pág. 504.

[11] Arturo Ardao, La filosofía en el Uruguay en el siglo XX (Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1956), pág. 15.

su autoridad llegó a ser casi dogmática y su doctrina de la evolución, la enseñanza oficial de la Universidad de Montevideo.

El crítico Alberto Zum Felde en su Proceso intelectual del Uruguay observa que desde entonces y durante más de veinte años, el evolucionismo spenceriano dominó en la intelectualidad universitaria del país. Añade que mientras el positivismo spenceriano ha influído en la esfera política, parlamentaria y jurídica, el positivismo de índole socialista y el individualismo nietzcheano influyeron sobre la literatura en cuyo campo actuaban los intelectuales autodidactas. Aunque autodidacta, Rodó fue adepto del positivismo spenceriano, pero lo superó más tarde con su idealismo nato, influído por los pensadores positivistas representantes de la final inflexión idealista del positivismo francés: Renán, Guyau, Taine.[12]

Rodó nos dice en sus Rumbos nuevos que

> La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación.[13]

---

[12] Rodó, pág. 27.

[13] Ibid., pág. 505.

Y más adelante añade:

> Somos los neoidealistas, o procuramos ser, como el nauta que, yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre contra los engaños de la onda.[14]

Este tono idealista de Rodó ya estaba presente también en su Ariel cuando expresa un ideal patriótico; idealista en Motivos de Proteo cuando, independiente de cualquier patriotismo, demuestra su preocupación por la formación moral de cada individuo.

Rodó fue un maestro de idealismo y de ese modo será siempre el guía espiritual de las nuevas generaciones aun después de que hayan desaparecido muchas doctrinas consagradas de la actualidad; él continúa siendo el maestro de los espíritus jóvenes porque su obra será duradera; duradera principalmente por la convicción de sus ideales y en segundo lugar porque jamás pretendió erigir con su esfuerzo una desciplina rígida y escolástica, ni una doctrina inconmovible, ni una capilla de arte, ni un régimen para el espíritu, ni una norma invariable para la conducta moral.

---

[14] Ibid., pág. 505.

SEGUNDO CAPÍTULO

EL NACIMIENTO DE UNA OBRA

Después de esta idea general de su personalidad y de su época, creo más fácil la comprensión del contenido y del mensaje de sus Motivos de Proteo. Este libro fue sin duda alguna su obra maestra, escrita entre 1904 y 1907 y en ella se refleja la inteligencia de este uruguayo ilustre.

De acuerdo con Rodó mismo, la obra no tiene fin, es decir, siempre se puede desenvolver más y más y lo importante es que, a pesar de sus digresiones, mantiene siempre el mismo pensamiento capital y de ahí una magnífica ramificación de ideas.

Motivos de Proteo puede ser considerado un libro universal ya que los consejos y prédicas que contiene podrían ajustarse a cualquier joven del mundo; esta obra no es una prédica social sino un libro de meditaciones y consejos individuales. "Es, dice Rodó, un libro en perpetuo devenir, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida."[15] Esta idea de renovación perenne con que define la forma del libro define también su espíritu, su fundamento filosófico y sus conclusiones morales.

La idea de escribir esta obra ya estaba arraigada en su mente desde su obra Ariel (1900) cuando se dirigió a la juventud de Hispanoamérica.

---

[15] Rodó, pág. 301.

En el Archivo de Rodó en Montevideo se encuentran algunos manuscritos y apuntes fechados hacia 1898 y que indican su intención de escribir una obra titulada Cartas a...., obra que sería el gérmen común de Ariel y Motivos de Proteo. No hay todavía una prueba concreta de esta intención pero podemos comprobarlo en la simultaneidad de concepción de ambas obras. Rodó mismo hizo resaltar esta comunidad en una de sus cartas a Nín Frías (el 29 de mayo de 1909) en la cual afirma:

> .. con más amplio horizonte y más reposo que Ariel, tiendo la mirada por parecidos campos de meditación y de prédica, aunque concretándome especialmente esta vez a la cultura del propio yo, a la formación de la personalidad, honda y firmemente desenvuelta mediante una incesante y orgánica renovación.[16]

La correspondencia de Rodó es una valiosa fuente de informaciones y a través de ella podemos seguir el nacimiento de sus Motivos de Proteo. Por ejemplo, ya en una carta dirigida a Unamuno (12 de octubre de 1900) nos da una idea de su intención de escribir algo como Motivos: "Preparo para dentro de poco un nuevo opúsculo sobre cuestión psicológica que me interesa mucho."[17] No queda duda que esta cuestión psicológica se refiere a las transformaciones de la personalidad que Rodó trata con bastante amplitud en su obra.

Podemos observar además que en el año 1904 se dedicó con ahinco a la producción de su obra. Su entusiasmo por tal producción se puede

---

[16] Rodó, pág. 1325.

[17] Ibid., pág. 1305.

comprobar en su correspondencia con sus amigos más íntimos. En este mismo año escribió a Francisco Piquet (el 3 de enero): "El tiempo que puedo disponer lo consagro a seguir esculpiendo mi Proteo. Tengo fe en ésta que será mi obra de más aliento, hasta hoy."[18] En seguida discurre sobre el esquema de la obra y dice que la parte literaria será representada principalmente por cuentos aplicables a tal o cual pasaje teórico, sin que esto quiera decir que no haya también literatura en lo demás de la obra.

El 6 de marzo del mismo año, en otra carta a Piquet se expresa sobre Motivos de Proteo y lo clasifica de libro vario y múltiple, libro que bajo ciertos aspectos, recuerda las de los ensayistas ingleses, por la mezcla de moral práctica y filosófica de la vida con el ameno divagar, las expansiones de la imaginación y las galas del estilo; pero todo ello animado y entendido por un soplo "meridional," ático o italiano del Renacimiento; y todo unificado, además por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra, la cual será de un plan y de una índole enteramente nuevos en la literatura de habla castellana, pues participará de la naturaleza de varios géneros literarios distintos (la didáctica, los cuentos, la descripción, la exposición moral y psicológica, el lirismo) sin ser precisamente nada de esto y siéndolo todo a la vez.[19]

---

[18] Ibid., pág. 1274.

[19] Ibid., pág. 1275.

Creo que no puede haber interpretación más perfecta, honesta y sincera de Motivos de Proteo. También muy interesante es el tópico de su carta al mismo Piquet (julio de 1905) cuando nos da una idea de la labor ardua en la preparación de la obra. Rodó confiesa que tenía cuadernos enteros (10 o 12) llenos de notas y detalles biográficos que había reunido y organizado durante largos meses, para obtener de ellos conclusiones relativas a diversos puntos de su tesis. Esta sola tarea importó la consulta de más de cien volúmenes de obras biográficas, en su biblioteca, en la del Ateneo, en la de la Universidad, etc.

Ya Emir Monegal, en el prólogo de las Obras completas de Rodó, observa que Rodó acostumbraba consignar en estos cuadernos sus lecturas del mes, transcribiendo las páginas más importantes para su obra, mientras ensayaba bajo títulos distintos la coordinación de los temas propuestos a su meditación. Rodó extraía de sus lecturas todo lo que podría alimentar su pensamiento, pulía, reformaba y la hacía suya. Es interesante hacer resaltar que estos cuadernos eran titulados por el color de sus tapas (azulejo o garibaldino, por ejemplo) y eran también repertorios de citas y ejemplos. Rodó usó el sistema particular de signos, verdadero lenguaje cifrado cuya clave fue encontrada solamente mucho más tarde por José Etcheverry y publicado por Emir Monegal. Esta transcripción nos da una idea de la variedad de temas de la obra; algunos signos están en rojo, otros en azul y los hay también en ambos colores. Algunos de ellos tienen una significación estrictamente local e interesante, como por ejemplo, el que corresponde a la simpatía es una pirámide que parece aludir al pequeño

cerro que enfrenta a la ciudad de Montevideo. Otro signo interesante es el que corresponde a la introspección y parece aludir a la bandera norteamericana. Todos estos signos merecían un estudio más detallado y de ese modo podría ser revelada la naturaleza visual de la imaginación rodoniana.

Su ideal hubiera sido publicar su libro fuera del país, en Europa, tal vez en Madrid, Barcelona o París. Rodó mismo confesó este deseo: "Con este libro debajo del brazo saldré de mi país, cuando pueda, para empezar una nueva etapa de mi vida; para iniciar una marcha de Judío Errante por las sendas del mundo, observando, escribiendo en las mesas de las posadas o en los vagones de los ferrocarriles, y lanzando así mi alma a los cuatro vientos, como esas pelusas de cardo que revolotean en el aire, hasta disiparse en polvo y en nada."[20]

Pero las circunstancias no le permitieron salir de su patria y la obra fue publicada en el Uruguay mismo a fines de abril de 1909. El éxito superó a todas las expectativas hasta el punto de que la edición de los mil ejemplares quedó agotada en apenas mes y medio.

Es curioso que por toda su correspondencia, al mencionar el título de la obra dice apenas Proteo y solamente en la publicación de la misma obra nos explica:

---

[20] Ibid., pág. 1278.

> No publico una "primera parte" de Proteo; el material que he apartado para estos Motivos da, en compendio, idea general de la obra, harto extensa para ser editada de una vez. Los claros de este volumen serán el contenido del siguiente; y así en los sucesivos. Y nunca Proteo se publicará de otro modo que de éste; es decir, nunca le daré "arquitectura" concreta, ni término forzoso; siempre podrá seguir desenvolviéndose, "viviendo."[21]

La selección del nombre de Proteo para esta obra tiene bastante significación y ligación con el desarrollo de la misma. Proteo es, en la mitología griega, un viejo profeta marino que guardaba las focas de Poseidón (Neptuno). Sus profecías se obtenían únicamente aprisionándolo por sorpresa como lo hizo Ulises por consejo de Idotea, hija del mismo Proteo, que traicionó así a su padre según nos refiere Homero en la Odisea. Para evadirse de profetizar, Proteo adoptaba todas las formas imaginables pero, cuando por fin lo hacía, era verídico e infalible.

De un modo general podemos decir que en Motivos de Proteo alternan la filosofía moral y la prosa descriptiva, el cuento y el dicho breve y sentencioso, la mención de tipos históricos por medio de la anécdota significativa, los ejemplos biográficos y las observaciones psicológicas. Rodó mismo ha dicho que su libro es tan variado como un parque inglés, o más como una selva americana. La originalidad de la obra hace que ella sea no un libro sino muchos libros en uno, y uno en muchos.

La obra contiene 158 capítulos y, echando un vistazo sobre ellos podemos apuntar los siguientes tópicos:

---

[21] Ibid., pág. 301.

1. La necesidad de transformación personal en el tiempo.
2. El conocimiento propio como antecedente de la acción.
3. Estudio de la vocación.
4. Renovación del yo por la lectura, los viajes, las conversaciones, el medio, etc.
5. Disciplina de la renovación y emancipación.
6. La fuerza de la voluntad.

Su lema es "reformarse es vivir." Para él, ese cambio constante no es solamente una transformación individual, como indican las apariencias, sino también un cambio colectivo por la radical diferencia que va de individuo a individuo. De esa manera, Motivos de Proteo nos presenta un campo inmenso de estudios y reflexiones; Rodó despierta en nosotros las infinitas posibilidades del espíritu que nos guía en el difícil camino de la busca de la vocación.

Su estudio sobre la vocación es el más original y más documentado de todo el libro (del capítulo XL al LXXIX) y por eso merece más atención que los otros tópicos.

En primer lugar explica cómo la vocación puede quedarse ensordecida por nuevos elementos incorporados a la personalidad; este rumbo cierto puede ser recuperado todavía si volvemos a los recuerdos de nuestra primeras vistas del mundo. Los sentimientos infantiles son a veces sofocados no sólo por obstáculos exteriores sino también por expontánea derivación del sentimiento y de la voluntad. Pero si la aptitud persiste siempre en el fondo de nuestra alma, tenemos las llamadas "infancias proféticas" que

son las que surgen cuando somos niños y después de un largo tiempo resurgen cuando ya formada la personalidad. Los que no dan muestras de una aptitud que sirva de base para una vocación futura conservan todavía impresiones incorporadas en su personalidad que le darán la sustancia laborable y formadora de la aptitud. Por ejemplo, los perfectos intérpretes de la naturaleza son los que vivieron en el campo durante su niñez. Explica Rodó: "La excitación, el movimiento de la vida, no es capaz de crear una aptitud que no tenga su principio en la espontaneidad de la naturaleza; pero es infinitamente capaz de descubrir y revelar las que están ocultas."[22]

Nadie, por ejemplo, podría creer que Beethoven abominara la música en su infancia y que Federico el Grande detestara el ruido de las armas.

Rodó también apunta la influencia del amor en la revelación de la vocación y dice que "el llamado numen encarnado en forma de niño sonríe y maneja en la sombra mil hilos de la historia humana."[23]

Para Rodó el amor es un estímulo y al mismo tiempo es un poder iniciador en las mayores vocaciones de la energía y de la inteligencia.

Nos presenta un laberinto de ideas y de sugestiones al estudiar el paso de una vocación a otra: afirma que tal sucesión de aptitudes se ve, particularmente, en la vida de los grandes historiadores. También suele acontecer que la vocación pasa de los dominios de un arte a los de

---

[22] Ibid., pág. 348.

[23] Ibid., pág. 353.

la ciencia o viceversa, siendo que el tránsito de la ciencia al arte ya no es tan común.

Hay casos en que el alma ha hallado su verdadero camino pero se aparta de él cediendo a la tentación de un llamamiento falso: el caso del abandono de una vocación verdadera por otra ficticia solamente por el afán de gloria. La única ventaja de esa desviación es que dilata el campo de la observación y de la experiencia.

Algunas aptitudes son ignoradas a causa de los "métodos de enseñanza" calculados para sofocar la libre respiración del alma, del "magister dixit" y muchas otras causas fundamentales; Rodó es de opinión que la renovación del pensamiento humano debe buenos servicios a los "grandes autodidactas;" afirma que la ausencia de métodos que contengan sus movimientos, el ejercicio de originalidad espontánea y atrevimiento son causas que explican la eficacia de la cultura personal y libre. Menciona a los que se arriesgan a las indagaciones que no encuentran en libros y de esta manera marchan directamente a la verdad usando de instrumentos adecuados y de métodos seguros. Además de varios ejemplos, considera a Rousseau en Francia y Sarmiento en Hispanoamérica los tipos de innovadores sin letras disciplinadas.

Por otro lado apunta el valor de la lectura, la conversación y los viajes como instrumentos eficaces para el desarrollo de la vocación; habla minuciosamente de los obstáculos que tenemos que vencer hasta encontrar la verdadera vocación, y cuando la encontramos, las

causas de su malogro y entorpecimiento, sus derivaciones e influencias.

Creo haber dado una idea general del tópico principal de Motivos de Proteo aunque para el conocimiento perfecto de este libro se necesita leer toda la obra; estoy segura de que en el decurso de las páginas de esta obra nada se pierde, todo tiene su finalidad. Está claro que en esta obra Rodó puso todo su entusiasmo, todo su afán de transmitir ideas, de abrir los ojos de la humanidad para los caminos existentes dentro de nosotros mismos.

En cuanto a su manera peculiar de escribir estoy de acuerdo con el señor Pérez Petit cuando afirma que la obra de Rodó no está al alcance de todas las inteligencias;[24] pero de todos los libros que tratan de la vocación, personalidad, voluntad, éste es el más comprensible y el que más generaliza ideas filosóficas y las pone al alcance de grupos de aptitudes heterogéneas.

---

[24]Víctor Pérez Petit, Rodó, su vida, su obra (Montevideo: C. García & Cía., 193?), pág. 49.

TERCER CAPÍTULO

MOTIVOS DE PROTEO: EL TEMA

Después de haber dado una idea general del tema de los Motivos de Proteo, podemos observar que Rodó no creó ninguna doctrina ni tuvo la intención de construir un sistema filosófico completo. Su capacidad receptiva, su inteligencia brillante le permitió asimilar ideas de grandes figuras de la historia del pensamiento y él supo transformarlas y amoldarlas de acuerdo con sus convicciones.

Rodó usa en este libro un personaje simbólico para interpretar su doctrina: Proteo, el símbolo del cambio perenne, el que posee el don de la profecía y absoluto conocimiento de todas las cosas y, como una ola, está en continuo cambio. Se dice también que Proteo, además de ser el dios de las mil formas, fue un nuevo aspecto del mar en la imaginación de los antiguos.

Rodó fue un enamorado del mar, "el gran confidente de meditabundos;" este amor por el mar es nada más que el reflejo de su espíritu melancólico y su alma sensible; por consiguiente no es de sorprender que haya puesto bajo la invocación de Proteo su obra más perfecta y más reveladora.

Es casi imposible seguir el hilo del pensamiento filosófico de Rodó, ya que precisaríamos de un conocimiento profundo de filosofía en general. Rodó no se limitó a estudiar una corriente filosófica sino varias, de ahí que no fue considerado un filósofo propiamente dicho porque no pudo (o no

quiso) pensar con rígida continuidad filosófica.

De todos modos podemos decir que su mensaje ideológica es sobre todo un mensaje de idealismo práctico, impregnado de esteticismo, de latinismo y de americanismo.

En Motivos de Proteo, Rodó nos presenta un nuevo concepto de vida y de pensamiento basado en la evolución y en el cambio y se resume en las siguientes palabras: "reformarse es vivir."

¿Qué quiere decir con estas palabras? De un modo general, consiste en una nueva realización potencial de nuestro yo; Rodó descubre mundos desconocidos hasta para nosotros mismos. Cada individuo posee una personalidad de la cual casi nada sabemos y si tratamos de conocerla a fondo, la descubrimos tan multiforme como Proteo. Esta personalidad oculta viene a la luz a través del conocimiento propio, nuevas adaptaciones y ajustamiento; de esa manera, la vida no es una línea inalterable sino una continua evolución. El esquema de una vida que se manifiesta en actividad bien ordenada sería "una curva de suave y graciosa ondulación. La severa recta siempre igual a sí misma, tiende del modo más rápido a su fin."[25]

En otra palabras, Rodó quiere decir que una vida en constante cambio, tiene más valor que una vida serena, en constante línea recta sin una tentativa siquiera de descubrir nuevos horizontes.

---

[25]Rodó, pág. 306.

Por cierto que en esta filosofía de cambio, de reforma, el tiempo es el sumo innovador: "Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas."[26] En esa concepción proteica de la personalidad lo que le importa es establecer las condiciones en que esa creación incesante se opera en la personalidad individual.

Nada acontece dentro de nosotros mismos que no produzca una reacción; ninguna cosa pasa en vano, todo deja una huella que inevitablemente nos conduce al cambio. Rodó nos repite las palabras de Séneca que traducen perfectamente este precepto: "Yo mismo, en el momento de decir que todo cambia, ya he cambiado."[27]

Para Rodó el que vive racionalmente es aquel que procura cada día tener noción de su estado interior y de las transformaciones operadas en las cosas que le rodean, y de esa manera puede regir sus pensamientos y sus actos. Si la vida es una renovación, lógicamente, el conocimiento es una constante adquisición. Rodó insiste en que no debemos nunca disminuir nuestro interés y curiosidad, ya que dentro de nosotros tenemos una reserva infinita - inagotable de potencias varias.

Esta doctrina básica de Motivos de Proteo ("reformarse es vivir")

---

[26] Rodó, pág. 302.

[27] Ibid., pág. 303.

no es original de Rodó. Víctor Pérez Petit, el gran amigo y biógrafo de Rodó dice que antes que Rodó, diversos escritores repitieron, con otras palabras, el mismo concepto; y explica que Rodó mismo no tuvo jamás la pretensión de haber descubierto un postulado original. Al leer los capítulos sobre este tema de "reformarse es vivir" podemos comprobar que el gran mérito de Rodó se basa en la manera clara y precisa de desarrollar este postulado, además de demostrar un notable optimismo.

Según Jesús Castellanos, Rodó fue en realidad, un "meliorista;" esplica que los "melioristas" son los tipos de personas que confiesan que el mundo es malo pero podría ser menos malo si nos propusiéramos reformarlo. De ahí cree que Rodó ha presentado una fórmula sintética y bastante adecuada para este programa consolador de optimismo. Puede parecer paradójico considerar a Rodó un optimista, teniendo en cuenta sus expresiones depresivas, sus manifestaciones de melancolía; pero sus desfallecimientos nunca llegan a la desesperación.

Determinada esta premisa de reformarnos, Rodó nos advierte que tal reforma, tal cambio debe ser efectuado mediante constante vigilancia de la voluntad y de la inteligencia. La voluntad debe regir el paso del tiempo y así la sucesión rítmica y gradual de la vida. Pero la vida en sí no es un lago sereno y estamos sujetos a ataques inesperados de las influencias exteriores que Rodó llama "sacudimientos revolucionarios" y son nada más que intervenciones de orden moral y fisiológico.

La voluntad es usada como una potencia inventora para renovarnos y rehacernos y ayudarnos a discernir en nuestra alma lo que está muerto y lo que debe morir; este influjo de la voluntad y de la educación de la misma, Rodó estudia con todo el detalle, y, según Pérez Petit, este estudio sería por cierto desarrollado más ampliamente si Rodó no hubiera desaparecido tan tempranamente.

Es bastante conocido en el mundo literario hispanoamericano el lema de Rodó: "La esperanza como norte y luz; la voluntad como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza, nuestra propia personalidad a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores."[28]

Con estas palabras quiere decir que la esperanza nos guía, la voluntad nos fortifica y añade que, por la pertinacia de la atención, y del hábito, quien quiere creer, al fin cree. El dominio de la voluntad es nada más que una de las características del estoicismo, ya que la voluntad vence al dolor y lo aniquila.

Rodó clasifica los escépticos en superiores y a medias, caracterizando a unos y a otros:

> Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia enervadora y corrosiva....; a los escépticos a medias los fascina aquel

---

[28] Rodó, pág. 473.

> como prestigio diabólico que nace en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía.[29]

Rodó señaló los correctivos del esceptismo y lo ejemplifica con la historia de Pirrón, padre de los escépticos, cuyos amigos fueron "la lealtad del juicio, de la sensibilidad moral, el buen gusto, las fuerzas espontáneas, muchas veces inconscientes, del alma que, llegado el momento, acuden a evitar el peligro cruzado en el sentido de la marcha, apartándola de la recta fatal."[30]

La idea clave de todas estas reflexiones es la necesidad del conocimiento de nosotros mismos y de ahí Rodó nos aconseja que procuremos conocer a nuestro "yo" por medio de un análisis detenido; al mismo tiempo nos advierte del peligro de la contemplación dentro de nosotros mismos cuando a veces acontece que despreciamos los varios caminos que el mundo nos ofrece para el conocimiento y la acción.

Creo también que vale la pena mencionar una de las muchas digresiones de Rodó; el estudio de la personalidad en medio de una muchedumbre: "La muchedumbre, que con su movimiento material te lleva adelante y fija el ritmo de tus pasos, gobierna, de igual suerte, los movimientos de tu sensibilidad y de tu voluntad."[31]

---

[29] G. Albarrán Puente, El pensamiento vivo de Rodó (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1953), pág. 390.

[30] Rodó, pág. 455.

[31] Ibid., pág. 318.

Después añade que al salir de la muchedumbre volvemos a ser lo que antes y hasta nos asombramos de lo que hicimos. Resalta todavía lo más importante: la palabra "muchedumbre" aquí no quiere decir solamente esta masa que nos domina; puede también significar la sociedad humana a que estamos vinculados. Rodó quiere esclarecer que a veces muchas cosas que juzgamos nuestras, esenciales de nosotros mismos, no son más que la imposición de esta sociedad a que estamos vinculados y esta interferencia de los demás explica las "varias apariencias" de nuestra personalidad, apariencias que pueden fácilmente engañarnos a nosotros y hasta a los que nos rodean.

Otro punto destacado en la obra es un estudio sobre nuestra complejidad, la sorpresa de un acto realizado que contradice con nuestros principios. Rodó se refiere a ciertas luchas íntimas que nos llevan a un momento culminante de nuestras vidas. Trae una serie de ejemplos, inclusive el de Jesús en el Monte de los Olivos: "Levantémonos a la cumbre sublime donde se tocan lo divino y lo humano. Subamos hasta Jesús e interroguémosle."[32]

Allí tuvo la lucha íntima que decidiría si el mundo iba a levantarse a la luz o desplomarse en la sombra. En todos estos grandes momentos de nuestras vidas tenemos que enfrentar el "hecho revelador" que a su vez fuerza la salida, la aparición del "hecho provocador"; este hecho es el que en la personalidad de cada uno se manifiesta bajo

---

[32] Rodó, pág. 324.

una faz divergente o antitética de aquella que predomina en su carácter y mira al norte de su vida.

Después de establecer las premisas de que debemos conocernos a nosotros mismo y reformarnos, Rodó llega al estudio de uno de los elementos del desarrollo de la personalidad: la vocación.

La vocación impone un carácter definitivo a nuestra personalidad. A veces la vocación es una, persistente y clara desde su principio; pero por lo general la vocación se manifiesta de muchas maneras. Puede madurar despacio o aparecer de repente como resultado de una fuerza exterior, una palabra; afirma Rodó que la vocación es la conciencia de una aptitud determinada. Explica que el héroe, el genio, presenta a veces, por el carácter, una determinación tan precisa y estrecha que "raya en el monodeísmo del obsesionado"; quien tiene aptitud para toda actividad no tiene, en rigor, más vocación que el que no tiene aptitud ninguna. Pero estas figuras múltiples de aspecto pueden existir aunque muy raras. Como ejemplo tenemos al rey Salomón, "el hombre que al mismo tiempo investiga, ora, canta, gobierna, filosofa, ama y goza del vivir."[33]

A medida que las sociedades avanzan, la tendencia de esta vocación múltiple, universal, desaparece y la necesidad de la vocación una y precisa se hace más inminente. Las vocaciones personales nacen cuando el hombre empieza a ser útil y necesario a sus semejantes.

El impulso verdadero de una vocación puede ceder a fuerzas contrarias,

---

[33]Rodó, pág. 337.

obstáculos que se le oponen. Hay, por ejemplo, casos en que estas fuerzas son provenientes de los padres que muy sutilmente tratan de amoldar en sus hijos una vocación que es nada más que su propia voluntad. Hay otros que ni siguen la vocación original ni la que les fue inculcada en su mente: éstos son los que viven en la mediocridad. A veces también podemos sentir una vocación pero que de ella no tenemos ningún indicio de aptitud; apenas la sentimos como un presentimiento, una certeza sin pruebas verdaderas; entonces hay duda en nuestro juicio ya que las falsas vocaciones también suelen acompañarse de estos indicios. Sólo el tiempo puede resolver este problema, puede discernir si la vocación es realmente sincera.

Todo el hervor tumultuoso de nuestras pasiones, dudas, adquiere ritmo si se las refiere a un principio: el amor, soberano y tirano al mismo tiempo. Al amor engendra, fortalece y reforma nuestra personalidad. Donde hay amor también hay deseo y esperanza, admiración y entusiasmo pero también viene guerra, odio, furor, ira y envidia que surgen cuando obstáculos se interponen en el camino.

Rodó dice muy acertadamente que quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del don de plasmar en obra sensible ese divino espíritu que lo posee. De ahí la vocación es en verdad forma de amor y como tal imprevisible e imperiosa.

Rodó discute del amor en sus relaciones con el arte: él platica sobre la pasión amorosa, el desengaño y la esperanza, pero le falta el

"fuego interno," como dice Pedro César Dominici,[34] el verdadero sentimiento de quien padeció amor. En su vida, sabemos que Rodó no conoció grandes pasiones amorosas; si tuvo amores, fueron del tipo de amor de adolescentes. Es muy conocida la respuesta que dio a uno de sus amigos cuando éste le interrogó sobre su soltería: "los soñadores, como los sabios, deben mantenerse célibes. Si la mujer pretende llegar al nivel del soñador o del sabio, nunca habrá mesa servida en la casa; y si quiere mantenerse extraña a los sueños o a la ciencia, ella morirá de aburrimiento o matará a disgustos a su marido."[35]

El despertar de la vocación reconoce casi siempre como causa, según Rodó, un hecho cualquiera que da al individuo la noción de su capacidad o inclinación. Así un cuadro de Rafael despertó en el Correggio, muchacho desconocido y oscuro, la pasión por la pintura que le llevaría a ser célebre más tarde. "Anch'io sono pittore" es, dice Rodó, el grito que lanzan las almas al sentirse tocadas por el rayo de la emulación; el grito con que confirma su capacidad.

Puede el "anch'io" obrar de muy diversas maneras: la conversación, la lectura, son, por ejemplo, fuentes de fecundas y provechosas sugestiones. En la vida de Rodó podemos decir que su "anch'io" fue Juan

---

[34]Pedro César Dominici, Tronos vacantes (Buenos Aires: Librería "La Facultad," J. Roldán, 1924), pág. 99.

[35]Rodó, pág. 37.

María Gutiérrez a quien Rodó siempre dio muestras de respeto, admiración y cariño; Gutiérrez fue para Rodó lo que Rafael fue para el Corregio, lo que Beethoven fue para Wagner.

Rodó hace un estudio bastante detallado del "anch'io" y menciona varios ejemplos; dice por ejemplo, que la lectura de la Iliada dio a Alejandro, para modelarse, el arquetipo de Aquiles; en fin, para la revelación de la aptitud del sabio, del escritor o del poeta, la lectura es el medio por que se manifiesta comunmente la estimuladora fuerza del "anch'io."

Los que conocen intuitivamente su vocación, la buscan por experiencias y eliminaciones sucesivas, hasta acertar con ella; el rechazamiento de las primeras vocaciones tentadas nace a veces de repulsión o desengaño. Tal vez la razón sea por que no satisfacen al espíritu ni colman la idea que de ellas tenemos. Como ejemplo Rodó cita la vida de Luciano que tentó varias vocaciones pero no logró acertar con ninguna; consideró instrumento servil el cincel del escultor, le repugnó la jurisprudencia, profesó la filosofía y ganó fama en Grecia, en las Galias y en Macedonia; "pero debajo del filosofar de aquella decadencia palpó la vanidad de la sofística. Entonces, de las heces de esta desilusión pertinaz brotó, espontáneo y en su punto, el genio del satírico demoledor, bien preparado para fulminar la realidad que por tantos diferentes aspectos se le presentara abominable y risible: y tal fue la vocación de Luciano."[36]

---

[36] Rodó, pág. 365.

A veces también suele acontecer que llegamos a una encrucijada, nos sentimos atraídos por dos o más vocaciones y tenemos que apelar al azar en tal decisión. Según Rodó esta apelación a la fatalidad suele encontrarse en almas religiosas con carácter de providencialismo; para mejor comprensión menciona el ejemplo de San Bernardo que fue árbitro de los destinos de la Iglesia, pero desechó, por espíritu de abnegación, dignidades y honores. En Milán, la muchedumbre le ruega con insistencia para que entre a ocupar la silla episcopal que le ofrecen. El se remite a la indicación divina, provocándola en esta forma: si su caballo, abandonado a sí mismo, le conduce a lo interior de la ciudad, aceptará la preeminencia; la rehusará si le lleva rumbo al campo. Pasó lo último: "La vida del predicador de las Cruzadas siguió en sus términos de gloriosa humildad."[37]

Rodó, muy acertadamente, llega a la conclusión de que la causa principal de esta incertidumbre es la falta de una sociedad bien organizada y explica que, aun cuando el espíritu sea consciente de su peculiar aptitud, tiende siempre a rendirse, ya que no encuentra apoyo en su ambiente. La pérdida de la aptitud viene también de la voluntad insuficiente y enferma. Son varias las formas de la flaquesa de la voluntad: la abstención por la renuncia de una obra y mucho más por la producción negligente del autor ya glorioso que se satisface con vivir

---

[37] Rodó, pág. 366.

del reflejo del nombre ficticio.

Si la producción del autor no se adelanta en cualidad no quiere decir que ya haya llegado a la cumbre de la perfección sino que se ha exterminado la fuerza del estímulo.

Otro factor que contribuye muchísimo para el cambio de la dirección de una vocación es a veces el exagerado amor religioso que puede perfectamente malograr una vocación, en caso de que esta religiosidad se arraigue al punto de la veneración supersticiosa; el deseo de querer alcanzar lo sublime, la perfección inalcanzable, lanza por tierra cualquier indicio de vocación verdadera. Conviene hacer resaltar que Rodó no rechaza de todo el ansia por la perfección, solamente aconseja la moderación.

Rodó menciona a grandes hombres como Flaubert, Tasso, Calímaco, que han perseguido con angustia la perfección y se han hallado sin duda al borde del desaliento y desesperación.

El rumbo de la vocación puede ser también determinado por la cooperación, el estudio común, acción conjunta como en el caso de sociedades literarias o artísticas que reúnen dos o más personas; la vocación es entonces como un solo llamado que oyen simultáneamente dos o más almas y cuyo fin y propósito sólo puede ser desempeñado entre estos espíritus. Tal vez las facultades de ambos sean idénticas en calidad y la eficacia de la producción se explica por la mayor concurrencia de fuerzas homogéneas en el acto de producir; también puede ser que haya entre los dos

espíritus una cierta variedad de aptitudes y de esa manera los dos se completan. También existen amistades reveladoras de vocaciones por el intercambio de influencias, estímulos y sugestiones: la amistad de Coleridge fue para Wordsworth la revelación de su vocación.

Otro estudio muy interesante es el paso de una vocación a otra: es lo que Rodó llama el tránsito de Marta a María, quiere decir de la vida de acción a la de contemplación. La inspiración poética, por ejemplo, puede ser a veces, una aptitud que se manifiesta en el final de una vida de acción, a causa de "los melancólicos estímulos del ocio y del recuerdo." Rodó menciona la doctrina de Saint-Simón, el utopista, que afirma que las doctrinas del pensador no se concretan sino en la vejez después de haber pasado un largo período de acción.

Una de las partes más bellas de Motivos de Proteo es donde Rodó describe su angustia al pensar en los "Dioses caídos, dioses de mármol y de bronce volcados por el ala del tiempo o el arrebato de los bárbaros."[38] Aquí se refiere a las bellezas incógnitas que están ocultas dentro de nosotros; observa que estas disposiciones superiores son apagadas por el falso ambiente, el desamparo de la ignorancia y la pobreza, además de la adaptación forzosa a una vocación ficticia. Muchas veces esta sujeción de las disposiciones superiores causa una explosión interna traducida por la sátira. Tenemos el ejemplo de Larra que fue en

---

[38]Rodó, pág. 385.

su época un gran rebelde contra la sociedad de su época.

En este estudio de la vocación hay pasajes que muestran su identificación con el positivismo, principalmente en su estudio de la vocación científica. Ardao hace resaltar que en este tópico, Rodó revela un dominio seguro de la distribución sistemática de las ciencias, de su metodología lógica, de sus relaciones recíprocas, de su evolución histórica, de sus grandes figuras.

Rodó afirma que la vocación científica puede buscar inspiración en la acción. Comparemos por ejemplo, la existencia del sabio y explorador que vive en contacto con la naturaleza, con la vida del sabio recluído entre las cuatro paredes de su biblioteca. Vemos que en el espíritu del primero, además de las facultades propias de la sabiduría, concurren muchas de las condiciones esenciales del hombre de acción, tales como la voluntad resuelta, la familiaridad con el peligro, la experiencia del mundo, la disposición y agilidad para las marchas arduas y penosas.

Rodó siempre se detiene en varias y minuciosas explicaciones de sus ideas, pero en el fondo de todo, su mensaje es siempre, "reformarse es vivir." El alma que realmente vive tiende naturalmente a renovarse, modificarse; cuanto más fuerte un espíritu tanto más capaz de adaptarse y cuanto más pujante es la vida, tanto más intenso es el deseo de renovarla. De ese deseo indefinido de renovación viene lo que llamamos dilettantismo; el dilettantismo vibra por la inteligencia, sensibilidad artística y la fantasía, pero tiene inactiva la voluntad. Esa incapacidad

de querer del dilettante, su incapacidad para dirigir su propia personalidad, reducen el movimiento interior de la conciencia a un espectáculo en que ella se ofrece a sí misma como inagotable panorama. El dilettante no cuida del desenvolvimiento de su personalidad porque ha renunciado a ella de antemano. Este es uno de los grandes peligros de renovación sin la orientación necesaria; de ahí Rodó nos apunta los medios infalibles para reformarnos: los viajes y la soledad, y afirma que "reformarse es vivir. Viajar es reformarse."[39]

Hay en nuestra personalidad una parte difusa que radica en las cosas que nos rodean, cosas a que nos adaptamos desde el nacer; si trocamos por otro este lugar en que se vive, propenderemos a modificarnos en mayor o menor grado. A veces este alejamiento de la patria, de las cosas familiares, nos causa la nostalgia que no es sino la resistencia de la personalidad a los varios cambios.

El viajar también dilata nuestra facultad de simpatía, nos ayuda a descubrir la realidad y también aumenta nuestra perspicacia. Rodó es de opinión que un gran artista que viaja es el dios que crea el mundo y ve que es bueno; en fin, para el artista todo viaje es un descubrimiento y para grandes artistas más que un descubrimiento, una creación.

Por otro lado Rodó nos aconseja: "ayúdate de la soledad y del

---

[39] Rodó, pág. 400.

silencio" ya que la soledad nos fuerza a reflexionar, a descubrirnos; esta contemplación en silencio, en la soledad sería un gran paso para el perfeccionamiento de nuestro carácter y nuestra inteligencia.

El maestro nos aconseja:

> Haz una meditación. Ponla bajo de la majestad de la alta noche, o ve con ella al campo abierto y puro, libre de ficción humana, o junto al mar, gran confidente de meditabundos, cuando el viento enmudece sobre la onda dormida.[40]

Adquirida una convicción, es menester que trabajemos sobre ella, la relacionemos con nuevas ideas, nuevos espectáculos del teatro del mundo. La convicción más firme será la que mantenga más ideas en torno suyo y las una más firmemente. Pero debemos precavernos de la voz del orgullo pues esta voz puede amortiguar este anhelo de libertad, este impulso de sinceridad.

El pensar idealista de Rodó está presente en cada párrafo de la obra. Debemos todavía hacer resaltar que el idealismo de que Rodó hace profesión no es el idealismo metafísico sino el idealismo a que se alude en la vida cotidiana cuando se dice de alguien en vista de sus actos, que es un idealista.

Rodó colocó en su concepción de idealismo un fundamento de práctica y de realidad, de vida y de experiencia, que le dio un sentido característico de su filosofía de los ideales: los ideales que no tienen un fundamento a priori ni racional ni teológico. Surgen de la

---

[40] Rodó, pág. 446.

experiencia, creados por la vida en el seno de la naturaleza bajo el signo de la evolución.

El ideal no reconoce otra fuente que la vida misma en su acción incesante creadora. Su idealismo ha tomado los rumbos de la estética y la moral de Guyau, y como el pensador francés, Rodó también afirmó la necesidad del bien sin premio ni castigo. Concebir y querer lo mejor, tentar la bella empresa del ideal es convidar a él, es arrastrar a él las generaciones que nos siguen. Esta es una idea general de uno de los muchos pensamientos filosóficos de Guyau y creo que traduce muy bien el modo de pensar rodoniano.

En los Motivos de Proteo hay constantes alusiones al misterio que envuelve la vida de la razón. La duda religiosa de Rodó ya existía desde muy lejos y su correspondencia con Unamuno nos atestigua este interés por lograr el acercamiento a un mundo distante, sombrío, hasta entonces inalcanzable: "¡Cuánto deseo que aparezca lo más pronto posible, su prometida obra sobre la religión y la ciencia! Me preocupa muy intensamente el problema religioso, y leo con interés todo lo que espero que pueda darme nueva luz sobre ello."[41]

La duda asaltó su mente no sólo una vez sino muchas y el hecho de dudar le hizo investigar y profundizarse más y más en su campo de interés: la personalidad. De ahí esa magnífica recolección de ideas que aunque no sean puramente suyas, reflejan un sello típico rodoniano por su modo peculiar de reflexionar, de razonar y desarrollar doctrinas haciéndolas casi suyas.

---

[41] Rodó, pág. 1312.

CUARTO CAPÍTULO

LAS PARÁBOLAS

"Todo se trata por parábolas
Marcos, IV, 11."[42]

Este es el lema adoptado por Rodó al empezar los Motivos de Proteo. La técnica que usará el gran maestro será transmitir toda la enseñanza de su libro a través de parábolas.

Sus parábolas son el punto culminante de su obra y por lo general son metáforas breves y magistrales cuya finalidad es desenvolver su tesis y aclarar las posibles dudas en nuestra mente. El propósito, el origen, los personajes, las situaciones, todo en ellas es de esencia ideal y literaria. Rodó nos da una muestra no sólo de erudición sino también de imaginación fértil y artística y más que nada de la habilidad de modelar la belleza pura y reveladora.

La ternura de la mayoría de sus parábolas nos da la medida de su reino interior; son, por general, de un sentido conmovedor, tierno y fascinante, tienen un acento musical, hablan sobre la piedra, dialogan con la naturaleza y con el cielo, en fin, son dignas de nota y merecen un estudio detallado.

Trataré de agrupar estas parábolas de acuerdo con su posible fuente de inspiración y su estructura ya que en cada una de ellas Rodó

---

[42] Rodó, pág. 301.

nos presenta un tópico original, nos transmite mensajes diferentes; clasificarlas de acuerdo con los temas, sería labor ardua.

Conviene hacer resaltar que hay en todas ellas un toque de viva imaginación, de originalidad, independiente de cualquiera alusión a la historia, a la mitología o a la tradición oral.

No creo que se haya hecho un estudio detallado de estas parábolas y por consiguiente nada se sabe seguramente sobre las fuentes de origen. Ya que Rodó fue un gran admirador de Platón, de Goethe, Rénan, Taine, Guyau y Emerson, tal vez inconscientemente se haya imbuído del estilo parabólico de los viejos mitos, de los cuentos exquisitos que abundan en las obras de los grandes maestros; pero quiero hacer hincapié en que las parábolas de Rodó tienen un tono muy personal, muy "rodoniano" y fueron escritas de una manera muy peculiar con la finalidad de adaptarse a los varios tópicos de su narrativa.

Después de leer sus parábolas cuidadosamente, podríamos clasificarlas en cuatro grupos. En el primer grupo colocaríamos las de pura imaginación, de pura creación de un espíritu inquieto soñador y ávido de comprensión. A este grupo pertenecen "Mirando jugar a un niño," "El barco que parte," "El monje Teótimo," y "La pampa de granito."

En el segundo grupo podríamos considerar las mitológico-legendarias, como "Hylas" y "Ayax," por su alusión constante a la mitología.

El tercer grupo abarcaría las parábolas de tono histórico-tradicional. En ellas se hace referencia a lugares o personajes históricos

aunque sea solamente para dar refuerzo al cuerpo de la parábola. De esta naturaleza son "La creación del dibujo," "La respuesta de Leuconoe," "El faro de Alejandría," "El pensador y el esclavo" y Lucrecia y el mago."

"Las despedida de Gorgias" y "Los seis peregrinos" forman un grupo aparte por su tono bíblico, tono profético. No fueron copiadas exactamente de la Biblia; apenas nos acuerdan el típico estilo bíblico. Pasemos entonces a un estudio detallado de cada una, explicando su correlación con el tema a que se refieren.

Ya que mi clasificación está hecha de acuerdo con las posibles fuentes de inspiración y su estructura, no creo necesario estudiarlas por grupos sino de acuerdo al orden que aparecen en el decurso de la obra, al desarrollar los tópicos.

"Mirando jugar a un niño" expresa el pensamiento de Rodó acerca de la vocación personal, afirmándonos que las condiciones que determinan el fracaso de una vocación podrían servir de incentivo a otra. Rodó nos cuenta que en una tarde límpida y radiante de sol vio a un niño que jugaba en el jardín de su casa. El niño tenía en la mano una copa que golpeaba con un junquillo y de esa manera, sacaba de ella el más suave y melodioso son. Pero ya cansado de este juego, llenó la copa de arena y así el cristal quedó mudo sin emibir las bellas ondas sonoras de antes. El niño no se dejó abatir y tomó una flor de un cantero cercano y la puso en la copa. De esa manera el niño parabólico supo obrar en un trance de su juego y de la misma manera deberíamos actuar en el juego

de nuestra vida. Esta flor es el símbolo de la consolación en la búsqueda de nuevos ideales, de nuevas aptitudes que sustituyen lo perdido. Rodó ya nos dice que "a la vocación que fracasa puede suceder otra vocación; al amor que perece, puede sustituirse un amor nuevo; a la felicidad desvanecida puede hallarse el reparo de otra manera de felicidad";[43] Su mensaje es inalterado y convincente; seamos pues el niño de la parábola y resolveremos muchos de nuestros problemas que se nos presentan en la vida.

No se puede dejar de llamar la atención al tono natural, fluído e inigualable que emana en esta narración. Tal vez Rodó la haya sacado de las palabras de Schiller que sirven de punto inicial de la parábola: "A menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niño."[44] El desarrollo de la parábola es típico de la imaginación de Rodó y las circunstancias se adaptan perfectamente a su explicación sobre la perseverancia en la búsqueda de la vocación así sea sustituyendo aptitudes. En capítulos posteriores a su parábola Rodó nos trae el ejemplo de don Quijote que, vencido por el Caballero de la Blanca Luna, quedó obligado a desistir de sus andanzas y volver a su pueblo; no se dejó abatir y

---

[43] Rodó, pág. 310.

[44] Ibid., pág. 308.

trató de convertir su castigo en victoria: decidió dedicarse a la vida del campo y "concertar una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de aquella soledad amena."

La parábola siguiente también resume los fundamentos morales mas íntimos de la posibilidad de nuestra realización futura, basados en la firme voluntad: "La respuesta de Leuconoe."

Leuconoe es la joven que en un homenaje al gran Trajano personificó el mundo ignorado entre las otras beldades que personificaban las distintas tierras del mundo conocido. Estas ofrecieron al César todas las riquezas, todo el lujo y belleza que su tierra daba. Por fin, Leuconoe que no llevaba sino un traje simple y blanco le ofreció el espacio, el espacio que nos abre los horizontes de un futuro soñado pues "donde hay espacio hay cabida para nuestra gloria."[45] De esa manera el César dio preferencia a la ofrenda de Leuconoe por su sencillez y sabiduría. Rodó explica que este espacio es el espacio dentro de nosotros mismos, es lo que queda en nuestra alma cuando la esperanza, el ideal y la fuerza nos abandonan. Todos tenemos esta parte vacía, desconocida, que con firme voluntad, debemos esforzarnos para conquistarla y nunca desmayar en su conquista, pues nuestro ser es mucho mas hondo que la intuición de la conciencia. El fondo histórico de la parábola

---

[45] Ibid., pág. 317.

nos muestra el conocimiento de Rodó por la Edad Antigua y su amor por ella. Su imaginación vuela por tierras lejanas y nos ofrece un espectáculo de belleza y deslumbramiento al describir las muchas tierras: Roma, Grecia, Italia, Galia, Iberia, Germania, Bretaña, Iliria, Macedonia, las tierras asiáticas y varias otras.

De todas éstas habla con profundo conocimiento como si las conociera personalmente y entre ellas destacamos su admiración a Roma por su poder absoluto y muy principalmente por su anhelo de espacio, otra característica del pueblo romano. Siguiendo a Roma viene Grecia que, para Rodó, es el símbolo del alma joven y el símbolo de la serenidad.

En esta misma parábola Rodó predica la libertad de acción; este su amor a la libertad y a la acción es un rasgo que viene de su espíritu un tanto romántico, acentuado por su manifestación modernista. Es interesante observar que en Ariel, Rodó nos presenta la parábola del rey hospitalario como ejemplo de la conquista de la libertad interior, de la razón y el sentimiento. Su palacio estaba ocupado por la muchedumbre, pero el rey tenía su celda interior preservando así intimidad. El espacio a que se refiere no es otro que esta celda íntima para nuestros sueños, meditaciones, conquistas.

La parábola siguiente trata de apuntar el peligro de vanas apariencias de nuestra personalidad y la necesidad de conocer nuestro verdadero "yo." Nos habla Sóstrato, cuyo anhelo de gloria le hizo construir lo que es una de las maravillas del mundo: "El Faro de Alejandría."

Al concluir la obra magistral, el rey Tolomeo manifestó el deseo de ver su nombre esculpido en la lápida. Sóstrato, forzado a obedecer, pero también deseoso de que su nombre fuera conocido de todos los hombres, esculpió su nombre en el rígido mármol y cubrió con una capa de cal y arena dejando esculpido el nombre del rey. Con el pasar del tiempo, el viento y la lluvia destruyeron la capa superficial y el nombre de Sóstrato surgió para conocimiento de la posteridad. Rodó nos explica esta parábola de la siguiente manera:

> Un arranque de sinceridad y libertad que te lleve al fondo de tu alma, fuera del yugo de la imitación y la costumbre, fuera de la sugestión persistente que te impone modos de pensar, de sentir, de querer, que son como el ritmo isócrono del paso del rebaño, puede hacer en ti lo que la obra justiciera del tiempo verificó en la inscripción de la torre de Alejandría.[46]

Lo importante es que conozcamos la verdad de nosotros mismos y que sepamos rechazar las sombras engañosas que usurpan el sitio de nuestra personalidad. Por ley general, afirma Rodó, un alma humana puede dar de sí más de lo que su conciencia cree y percibe, y mucho más de lo que su voluntad convierte en obra; pero admite que lo que se refleja en nuestra conciencia y se manifiesta por nuestros actos y sentimientos es siempre algo que nace de un real desenvolvimiento de nuestro ser y no un caracter adventicio.

La parábola de "El esclavo y el pensador" nos explica la teoría

---

[46] Ibid., pág. 320.

del conocimiento propio. Un filósofo ateniense visitando una casa de campo en Megara, acostumbraba salir por los jardines al caer de la tarde y meditar. Cerca del lugar donde meditaba estaba un esclavo que sacaba agua de un pozo para verterla en una acequia. Una tarde el esclavo extenuado por su monótono trabajo, cayó en el suelo y dijo al filósofo:

> Compadéceme si eres capaz de lágrimas, y sabe, para compadecerme bien, que ya apenas queda en mi memoria rastro de haber vivido despierto, si no es en este mortal y lento castigo.[47]

Pero añade que su mayor martirio era no poder apartar la mirada de su imagen reflejada en el agua, la imagen de la angustia, de la muerte que se acercaba. El esclavo envidiaba al filósofo por su concentración y quietud y creía que éste hablaba con los dioses para su deleite. El meditador contestó que su objeto era ver dentro de sí mismo:

> Quiero formar cabal idea y juicio de éste que soy yo, de éste por quien merezco castigo o recompensa....; y en tal obra me esfuerzo y peno más que tú."[48]

Por fin llega a la conclusión de que el esclavo agotará el pozo al paso que el filósofo nunca agotará su alma; aquí Rodó nos da una prueba de cuán complejos somos y cuántas veces nos sorprendemos con las contradiciones de muchos de nuestros actos. Hay casos en que olvidamos

---

[47] Ibid., pág. 323.

[48] Ibid., pág. 323.

ciertas aptitudes escondidas en lo más hondo de nuestra alma y éstas surgen inesperadamente añadiendo grandes riquezas de conocimiento propio. Rodó usa su imaginación y nos cuenta la parâbola del barco. Aquí trata de expresar su pensamiento por medio de una imagen magnífica: compara las manifestaciones fugaces del espíritu con un barco que desaparece en el horizonte y después vuelve al mismo punto de partida cargado de tributos, riquezas inmensas. Lo mismo pasa con un pensamiento olvidado, una sensación remota que, como el barco, vuelve a nuestra mente llenando nuestro espíritu de bienes inagotables.

Esta parâbola es una de las típicas rodonianas, no sôlo por su significación sino también por el tema relacionado con el mar. La imaginación de Rodó siempre se dejó llevar por la inmensidad del mar, por su movimiento continuo y su sensación de profundidad.

La parâbola "La creación del dibujo" tiene un fondo histórico-legendario y nos habla de la tradición antigua de cómo surgió el arte del dibujo. Un mozo de Corinto tuvo que separarse de su enamorada y ésta, deseando conservar su imagen en la mente, tuvo la idea de trazar su perfil en la pared. Tomó un alfiler y siguiendo en la pared el perfil que delineaba la sombra, lo fijó en la pared. De esa manera, de acuerdo con la tradición oral, nació el dibujo.

Con esta parâbola Rodó empieza el estudio del amor como despertador de aptitudes, como fuerza impulsora en el campo de las artes. Refuerza su teoría con varios otros ejemplos, afirmando siempre que el

amor es el mayor iniciador en las mayores vocaciones de la energía y de la inteligencia.

La parábola siguiente sigue la línea de la mitología, de la leyenda: "Ayax." Rodó mismo confiesa que su inspiración para esta parábola la buscó en la égloga tercera de Virgilio, cuando Menalcas propone, como enigma, a Palemón, adivinar cuál es la flor que lleva escrito un nombre augusto. Alude al hecho de que, con las dos letras del jacinto, da comienzo el nombre de Ayax, el héroe homérico que "envuelto por la niebla en densas sombras pide a los dioses luz, sólo luz, para luchar, aun cuando sea contra ellos."[49] Partiendo de este punto, Rodó nos cuenta la historia de Urania, la hija del geómetra y filósofo romano. Urania nada sabía sobre el campo y cierto día salió a conocer los alrededores y vio por primera vez las flores del jacinto; pero las flores no tenían sino dos letras de aquel nombre y entonces trató de encontrar en otras flores las letras que faltaban al nombre de Ayax. En la búsqueda internó campiña adentro mirando varias flores, pero todo en vano. La noche ya se aproximaba y la pobre Urania tuvo que volver a su casa desilusionada y cansada. Del mismo modo que Urania no pudo completar el nombre de Ayax, así también en el mundo hay destinos incompletos, vidas risueñas cortadas en sus albores, el bien que promete y no madura, esperanzas perdidas antes de alcanzar la meta soñada.

---

[49] Rodó, pág. 392.

Rodó inadvertidamente hablaba aquí de su propio destino; la muerte precoz del gran genio le privó de la oportunidad de seguir su carrera de maestro de la juventud de la época.

Saliendo del campo mitológico, Rodó vuelve a la imaginación en su parábola "El monje Teótimo."

Teótimo fue un monje penitente que se apartó de los hombres, de todo, y escogió para su morada la parte más alta y árida de una montaña donde la soledad era más triste. En esta vida de humildad, de penitencia y de sacrificio, vivió Teótimo por muchos años hasta que un día fue a visitar la tumba de sus padres, donde la vegetación era abundante. En el camino se sentó a descansar y empezó por reparar en las flores, los árboles, la naturaleza; una florecilla silvestre le llamó la atención y después su pensamiento. Teótimo descubrió entonces que el cielo también cuidaba de aquel pequeño ser, también a ella destinaba un rayo de su amor. La rebelión creció en su alma y preguntó: ¿Todo el amor de Dios no era entonces para el alma del hombre? Un odio sordo llenó su alma y toda la humidad de antes se desvaneció. Teótimo en un gesto de despecho e ira puso el pie sobre la flor indefensa, destruyéndola.

Rodó quiere probar que la soledad continua ampara y fomenta conceptos engañosos. El ejemplo del monje Teótimo es un aviso contra la soledad mal empleada, mal entendida; la soledad útil, reparadora es la que se aplica a ciertas situaciones del alma y por determinado espacio de tiempo.

En el capítulo "C" Rodó nos cuenta la parábola de "Los seis peregrinos" que aunque no sea sacada de la Biblia, por lo menos suena como las narraciones del Nuevo Testamento. La parábola nos cuenta que los peregrinos eran todos jóvenes y paganos pero la palabra del maestro Endimión los convirtió al cristianismo. Un mismo pensamiento, que les pareció vocación común, los llama un día a predicar el Evangelio de Cristo en la ruta seguida a través del mundo. Los seis discípulos marchan a encontrarse con su maestro en el punto convenido para la partida, pero sólo dos llegaron al término fijado. Cuatro desistieron de su propósito a lo largo del camino: uno, por compasión de los hombres; otro, por amor del arte y de la belleza paganos; el tercero, por los afanes materiales; el cuarto, sin motivo aparente que clasificaremos de desengaño, desilusión. Sólo llegaron al lugar convenido Agenor e Idomeneo. El primero siguió su ruta como un sonámbulo, absorto en su fe, ciego y sordo al mundo y a la vida y el segundo se detuvo solamente para ayudar a los que sufren y a los que trabajan. El final de la parábola tiene un tono bíblico más acentuado, semejante a la Pesca Milagrosa. Aquí se refiere a Endimión (Jesús en este caso) que puso a Agenor a su derecha y a su izquierda, a Idomeneo y:

> entonando uno de los salmos que cantan la felicidad del caminante, marchó con ellos hacia el mar. Nubes extrañas fingían maravillosas rutas en el confín del horizonte. La vela de la nave que los conducía palpitaba sobre las aguas turbias e inquietas, a modo de un gran corazón blanco...[50]

---

[50] Ibid., pág. 419.

En esta parábola tenemos el ejemplo perfecto de la perseverancia del ideal, de una idea soberana y muy principalmente del ejemplo de dos almas sinceras y distintas: el entusiasta inflexible, alma austera e indiferente a las cosas mundanas y el entusiasta flexible cuyo entusiasmo asume las múltiples formas de la vida sin perder de vista su ideal.

La parábola siguiente es "Hylas," basada en la mitología y se adapta al ejemplo de la busca continua en cada espíritu humano. Hylas fue uno de los compañeros de Hércules en la expedición de los argonautas. Llegando a las costas de la Misia, Hylas bajó a tierra para traer agua a sus compañeros, pero halló una fuente calmosa y límpida y, al inclinarse sobre ella, ninfas misteriosas surgieron y le arrebataron. Los compañeros en vano buscaron a Hylas que nunca apareció; se dice que en la primavera, cuando el viento empieza a ser tibio y dulce, la juventud se dispersa a buscar a Hylas. Rodó quiere apuntar que dentro de cada uno hay un Hylas que buscamos y no encontramos; pero el afán de buscarle ya es estímulo con que se mantiene el soplo de la vida. Solamente esta idea de conocimiento, de cambio constante, causado por la busca de algo soñado, deseado, ya significa vivir.

"La despedida de Gorgias" es otra parábola con tono bíblico; Rodó no la sacó directamente de la Biblia, pero podemos notar ciertos paralelismos de ella con las páginas bíblicas de la Ultima Cena. Gorgias va a morir y se reúne con sus discípulos, por la última vez. El diálogo entre el maestro y los discípulos también sigue casi el mismo tono

bíblico, pero lo más importante es el mensaje contenido en esta narración. Gorgias, un filósofo siciliano, va a morir por voluntad y determinación de los poderosos de su época. Escogió la muerte por la cicuta que bebería al fin de la tarde; se reunió con sus discípulos por la última vez y cada uno de ellos trató de asegurar su fidelidad al maestro y a sus doctrinas. Uno de ellos propone que todos juren seguir fielmente cada una de sus palabras, pero Gorgias los interrumpe y para demostrar su error al jurar en vano, les cuenta una anécdota de su niñez.

Cuando niño, su bondad, hermosura y amor material hicieron que su madre deseara que nunca dejase de ser niño. Cierta ocasión, una mujer de Tesalia, con fama de hechicera, le indicó un medio de realizar tal deseo: diciendo cierta fórmula mágica y al mismo tiempo poniendo sobre el corazón del niño un corazón de paloma aún tíbio y mal desangrado, se borraría la huella del tiempo y oprimiendo la flor del íride silvestre en la fuente, mantendría el pensamiento limpio y puro. La madre estaba decidida a poner en práctica tal consejo cuando aquella misma noche tuvo un sueño. Soñó que había hecho exactamente lo que la mujer le había dicho y que con el pasar de los años, su hijo permanecía el mismo niño encantador, pero luego llegó un día en que no halló ni una flor de íride ni un corazón de paloma y vio al niño transformado en un viejo, una criatura que reflejaba ira y desesperación por haber perdido su niñez, su mocedad, su vida. Después de este sueño la madre dejó de deplorar la fugacidad de la niñez de su hijo.

Con este relato Gorgias quería probar que su filosofía no era religión que debiera ser seguida al pie de la letra; quería apenas infundir el amor de la verdad, que para él es infinita. Afirma que su filosofía puede servir de guía para la conciencia de sus discípulos, pero que de ningún modo debe detener su pensamiento.

A través de todas estas bellas reflexiones Rodó quiere hacer hincapié en la libertad de pensamiento, en la iniciativa propia y señala las palabras de Cristo que confirman su teoría: "Aún tendría otras cosas que enseñaros, mas no podríais llevarlas."[51]

En otras palabras, no hay límite en el descubrimiento de la verdad y solamente a través de revelaciones en la marcha del tiempo podemos llegar al seno de la infinita verdad.

Ya en su "Lucrecia y el mago," en el ambiente histórico-tradicional, nos explica los secretos que yacen en el fondo de nuestra alma, nuestra doble personalidad. Lucrecia, una joven dotada de virtudes inimitables, vivía bajo la protección de Artemio, corregidor de la Augostolida de Egipto. Un día, la llegada de un religioso de culto oriental y maestro en artes de adivinaciones y encantamiento, despertó en Artemio la curiosidad de saber lo que se encerraba en el fondo del alma de Lucrecia. El mago declaró que precisaba sólo de una copa que ella llenase de agua con su propia mano y en el cristal del agua vería

---

[51] Ibid., pág. 452.

el alma de Lucrecia. Satisfecho el deseo del mago, él pudo ver en el fondo del alma de Lucrecia un abismo y en el fondo de este abismo una figura de mujer completamente diferente de la dulce y tranquila Lucrecia: vio una cortesana adormecida que "viste toda de púrpura, con el desceñimiento y transparencia que, más que la propia desnudez, sirven de dardo a la provocación." Por supuesto que este revelación causó la indignación de Artemio y el mago explicó que vio otro abismo, y en el seño de éste una luz y como envuelta en la luz una criatura suavísima y de una blancura sin par, una diosa, una "mujer sin sexo," puro espíritu que, como la cortesana, también dormía.

El mensaje de Rodó es que entre la variedad de fuerzas ocultas en nuestra alma, unas no despiertan nunca y otras salen a la luz, se dejan trasparecer en nuestras actitudes.

Por fin podemos estudiar la más famosa y la más controvertida de las parábolas de Rodó: "La pampa de granito."

Rodó empieza con la descripción del ambiente y de los personajes. Era una desolada y triste pampa de granito donde encontramos a un viejo gigantesco de ojos fríos, músculos recios, acompañado de tres niños, flacos, miserables, ateridos. El viejo tomó a uno de los niños por el pescuezo y dándole una simiente, le dijo que la plantara en el suelo duro. A pesar de las protestas del niño, el viejo poniendo el pie sobre el pescuezo le hizo abrir un hueco en la pampa con sus propios dientes. Así pasó el tiempo y concluída la tarea, el pobre niño tenía la cabeza

blanca. Luego el viejo ordenó al segundo niño que juntara tierra para la simiente. El niño contestó que no había tierra y el viejo a su vez afirmó: "La hay en el desierto, recógela."[52] Abriendo las mandíbulas del miserable niño en la dirección del viento, recogió toda la tierra que necesitaba con la misma impasibilidad de antes. El viejo echó la semilla en la cavidad de piedra y por fin ordenó al tercer niño que la regara. La misma inútil protesta "pero..., ¿en dónde hay agua? A lo que el viejo contestó: "Llora, la hay en tus ojos." Y así le hizo llorar hasta que del hueco empezó a nacer el tallo, las primeras hojuelas y por fin un árbol robusto y copudo. Este árbol fue una bendición para la árida pampa de granito, las flores cambiaron en frutos deliciosos, en las ramas anidaron varios pájaros. Los tres niños, ya entonces encanecidos, trataron de comer el fruto del árbol, de gozar por fin de sus esfuerzos, pero el viejo les impidió y arrancando otra semilla, empezó el mismo martirio de antes.

La impresión de crueldad es la que de pronto predomina en la parábola, contrastando con el tono de dulzura típico en Rodó; pero si consideramos cada personaje, no como seres humanos, sino como símbolos, entonces podemos ver el esfuerzo tremendo de Rodó para comprobar la fuerza y la capacidad de nuestra voluntad. Algunos críticos como Crispo Acosta, en su libro Darío y Rodó, afirma que "más vale el reposo

---

[52] Ibid., pág. 475.

de la muerte que ese tormento dantesco del esfuerzo sin alegría."[53] Creo que una interpretación al pie de la letra no es apropiada a esta parábola y de ahí la condenación de la crueldad del viejo anciano. Rodó mismo en el capitulo "CLII" explica el simbolismo de su narración: la desolada pampa es nuestra vida, los trémulos niños son nuestras entrañas y el viejo tirano es el poder de nuestra voluntad.

Todas estas parábolas constituyen un verdadero manantial de enseñanza y de ingeniosidad y dan un tono original y ameno a la prosa rodoniana, transformando un asunto árido en una narración agradable y deleitosa.

---

[53]Crispo Acosta, Darío y Rodó (Montevideo: Editorial Mosca Hermanos S. C., 1945), pág. 150.

QUINTO CAPÍTULO

EL ESTILO

José Enrique Rodó fue un verdadero cultor del estilo pero sólamente en Motivos de Proteo su estilo alcanza su punto más alto por la perfecta manera de expresar ideas, a veces un tanto complejas, profundas y de difícil comprensión para el lector común.

No importa, sin embargo, la profundidad del pensamiento expreso; Rodó sabe siempre describirlo de una manera clara, fluída y bella. Sabe ser breve, conciso, sin dejar nada por decir, y al mismo tiempo sabe ser prolijo sin ser superfluo. Es un verdadero deleite seguir en uno de sus párrafos largos el hilo de sus pensamientos que, como el hilo de Ariadna, nos conduce directamente al punto final, a la conclusión clara y precisa de su mensaje.

Deseo hacer un estudio de su estilo parabólico pero creo conveniente dar, en primer lugar, una idea de su estilo en general. Fuera de sus parábolas, Rodó es el educador, el hombre de letras, tratando de transmitir sus ideas; su estilo es riguroso, serio, un estilo de erudito. Por otro lado, al leer sus parábolas, notamos el cambio, aunque a veces casi imperceptible, del erudito al narrador más simple, más tierno, más natural. Lo más importante es que en un estilo erudito a natural está siempre presente su instinto de la belleza, belleza de la forma, de la idea, de la palabra y a

veces, en sus párrafos cortos, la belleza del silencio.

Al ritmo armonioso de su prosa añade el vocabulario rico y matizado que le permite hablar de todas las cosas, enriqueciéndolas con la magia de su decir.

Glicerio Albarrán Puente en su libro El pensamiento de J. E. Rodó nos presenta un estudio completo de apreciaciones críticas del estilo de Rodó, como lo hacen también Amadeo Almada, Andrade Coello, Alberto Nin Frías, Gonzalo Zaldumbide y otros entusiastas de Rodó. Todos reconocen el poder de la pluma rodoniana y les faltan adjetivos para expresar su admiración y respecto al estilo del gran ensayista. No hay casi nada que añadir a estas opiniones excepto tal vez apuntar algunas reflexiones de su estilo parabólico.

Rodó, por cierto, tenía el poder de convertir sus ideas en imágenes, y éstas en símbolos alegóricos que luego se convierten en parábolas. Uno de los puntos que llaman la atención en el estilo parabólico de Rodó es su tono modernista, cuando rompe con la frase hecha aspirando a una completa renovación no sólo en el tema sino también en la forma. Como modernista, Rodó fue en la prosa lo que Rubén Darío fue en la poesía. Ambos dieron nuevos rumbos a la prosa y a la poesía, respectivamente: color, musicalidad, exotismo, novedad, agilidad.

Trataré de apuntar en sus parábolas algunas observaciones que reafirman su título de adepto del modernismo literario en Hispanoamérica: la mención de obras de arte, la comparación de personajes

históricos, bíblicos y mitológicos para ilustración de sus pensamientos es un rasgo bastante acentuado en sus parábolas; a veces su inagotable conocimiento histórico se mezcla con la imaginación, como podemos observar en su parábola "La respuesta de Leuconoe":

> Soñé una vez que volviendo el gran Trajano de una de sus gloriosas conquistas...[54]

Ya en su "Los seis peregrinos" empieza:

> Cuentan leyendas que no están escritas que Endimión...[55]

más adelante en "Lucrecia y el mago":

> Artemio, corregidor de la Augostólida de Egipto, en tiempo que elegirás dentro del crepúsculo de Roma....[56]

Esta mezcla de historia e imaginación añade un tono simbólico a sus personajes acentuando su participación a la narración.

Debemos también hacer resaltar su ingeniosidad en el uso de imágenes y metáforas que nos conducen a un mundo de fantasía, a un mundo lleno de luz, de color, de música. En su parábola "Mirando jugar a un niño" podemos ver en la simplicidad de sus palabras, todas las sensaciones de color en lo transparente de sus imágenes: "copa de cristal," "límpido ambiente," "rayo de sol." Luego las sensaciones de sonido: "ondas sonoras," "trino de pájaro," "herido cristal," "fresca resonancia."

---

[54] Rodó, pág. 315.

[55] Ibid., pág. 414.

[56] Ibid., pág. 462.

Más adelante en su parábola "El barco que parte" hay una mezcla de sensaciones cuando nos habla del barco que vuelve cargado de tributos. Sensaciones del olfato: "aromas deleitables"; del gusto: "dulces naranjas"; de luz: "piedras que lucen como el sol"; de tacto: "pieles suaves."

En "La pampa de granito" y "El monje Teótimo" notamos el énfasis en la forma, en el contacto del hombre con la naturaleza; hay un choque de lo humano con lo material. Observamos por ejemplo en su párrafo inicial de "La pampa de granito":

> Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; triste y fría; bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo.[57]

En estas pocas líneas encontramos un conglomerado de sensaciones: color, forma, espacio. Entonces introduce lo humano:

> Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo.[58]

Notamos la sensación de tamaño ("viejo gigantesco," gigantesco viejo") repetida como para dar énfasis a la supremacía de lo humano sobre lo material, sobre la naturaleza.

Por otro lado, en "El monje Teótimo," la descripción de la soledad puede hasta cierto punto ser equiparada a la de "La pampa de

---

[57] Rodó, pág. 475.

[58] Ibid., pág. 475.

granito"; la idea de soledad, de desolación está presente aquí también:

> ...buscó un refugio, bien alto, sobre la vana agitación de los hombres; y le eligió donde la montaña era más dura, donde la roca era más árida, donde la soledad era más triste.[59]

Las mismas imágenes de dureza, aridez, son usadas para expresar soledad, aislamiento.

En su parábola "Ayax" podemos ver la mezcla de estilo elevado, pulido, con el estilo simple, conciso, corto:

> ...candorosa alma de invernáculo sobre la cual los ojos habían reflejado tan intensamente la luz que parte de las ideas increadas y baña la tersa faz de los papiros, como poco y en reducido espacio la luz real que el sol derrama sobre la palpitación de la naturaleza.[60]

Después de este intrincado párrafo sigue otro brevísimo y muy simple:

> Nada sabía del campo.[61]

Así es el estilo de Rodó, lleno de sorpresas, de antítesis; varía de la bella ordenación clásica, estilo bien cuidado al estilo llano, corto.

No podemos dejar de observar también su estilo narrativo de tono romántico que se acentúa ya casi al final de Motivos de Proteo, en su descripción del otoño. Su imaginación nos pinta un cuadro de otoño

---

[59] Rodó, pág. 402.

[60] Ibid., pág. 392.

[61] Ibid., pág. 392.

lleno de divagaciones, de conjeturas, una página que es una verdadera prosa peética. Así habla Rodó:

> Caen, caen sin tregua, las hojas; y el alma del paisaje éntrase, en tanto, por las puertas del sentido, al ambiente de mi mundo interior.[62]

Aquí podemos sentir su sensación de abandono, de melancolía. Después reflexiona:

> ¿Dónde está ahora, respecto de mí mismo, el objeto de mi contemplación? ¿Adentro? ¿Afuera?...Caen, caen sin tregua, las hojas...[63]

Luego su desvanecimiento cesa como por magia y nace la esperanza de un futuro risueño, florido, expresado en un estilo bello y lleno de metáforas:

> ...sobre el desconcierto de las hojas caídas se yergue la armazón escueta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre, y en el acero claro del aire graba una promesa, simple y breve, de nueva vida.[64]

En esta página final, Rodó se acerca más al lector, da a conocer más íntimamente su lado contemplativo, romántico que emana de su estilo brillante.

Creo que, de un modo general, Motivos de Proteo, refleja lo más selecto del alma de Rodó al mismo tiempo que se realiza el ideal del estilo literario.

---

[62] Rodó, pág. 480.

[63] Ibid., pág. 480.

[64] Ibid., pág. 480.

CONCLUSIÓN

Motivos de Proteo es una nueva Biblia de la esperanza. Para las innumerables víctimas de la neurosis moderna, para los que se han sentido derrotados por un primer obstáculo, este libro es una dichosa panacea de redención.

Es la obra de un pensador optimista que con una asombrosa fertilidad verbal y sensibilidad vibrante, nos hace reconocer la gran dádiva del vivir.

Nada tiene de obra filosófica propiamente dicha; su autor, siguiendo un razonamiento inductivo, apenas expone y desarrolla tesis sicológicas que comprueban con numerosos ejemplos de espíritus famosos, como artistas, pensadores, inventores y hombres de ciencia.

Tal vez peque de no profundizar sus pensamientos, de ser más analítico que sintético, de demostrar sin probar, de persuadir sin convencer. Pero por otro lado, sabe concretar y ejemplificar una enseñanza, haciéndola más interesante y accesible.

La idea fundamental de la obra es la exaltación de la voluntad como factor del perfeccionamiento de nosotros mismos, con el conocimiento propio como base. Rodó exalta igualmente la fe, el ideal, el amor, como fuerzas propulsoras y disciplinadoras. De ahí podemos comprobar que es un moralista en alto grado. Sus doctrinas idealistas son benéficas para todos y principlamente para los jóvenes.

Lo curioso es que en 1896, Rodó escribió un artículo titulado

"El que vendrá" en el cual expresa su gran preocupación por un mundo mejor, por la venida de un revelador, de un guía para las almas inquietas, melancólicas, indecisas. Y pregunta:

> ¿Cual será, pues, el rumbo de tu nave? ¿En dónde está la ruta nueva? ¿De qué nos hablarás, revelador, para que nosotros encontremos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?[65]

Rodó no se dio cuenta de que años más tarde, él mismo sería este revelador, este guía esperado, por lo menos para la juventud hispanoamericana.

Y en el decurso de su artículo, añade: "te imagino otras veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza."[66]

Esta nota de esperanza y de amor podemos encontrar en sus Motivos de Proteo transmitida con la majestad de un sacerdote, con la eficacia de un maestro que presiente que su palabra será escuchada con fervor por las nuevas generaciones.

No importa que no haya sido filósofo; el hecho de que no haya creado un sistema filosófico no disminuye su valor literario: los grandes pensadores no son solamente los que crean las ideas sino también los que han logrado difundir en el corazón de los pueblos mayor suma de ideales, y mantener en la consciencia universal formas

---

[65] Rodó, pág. 149.

[66] Ibid., pág. 150.

claras de perfección y de creencias.

Lástima que la muerte traicionera nos haya arrebatado a los 45 años este cerebro brillante y emprendedor. Pero la semilla fue lanzada y nos resta solamente esperar que otros sembradores concluyan la tarea inacabada de José Enrique Rodó.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS CITADAS

Albarrán Puente, G., El pensamiento de J. E. Rodó. Madrid: Ediciones cultura hispánica, 1953.

Ardao, A., La filosofía en el Uruguay en el siglo XX. Mexico: Fondo de cultura económica, 1956.

Bollo, S., El modernismo en el Uruguay. Montevideo: Impresora uruguaya S. A., 1951.

Castellanos, J., Los optimistas; lecturas y opiniones críticas de arte. La Habana: Colección póstuma publicada por la Academia Nacional de artes y letras, 1914.

Crispo Acosta, O., Rubén Darío y José Enrique Rodó. Buenos Aires: Editorial Mosca Hermanos s. c., 1945.

Dominici, P. C., Tronos vacantes. Buenos Aires: Librería "La Facultad," J. Roldán & Cia., 1924.

Pérez Petit, V., Rodó: su vida, su obra. C. García & Cia., 193?

Rodó, J. E., Obras completas, edición y prólogo de Emir Rodriguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1957.

Zum Felde, A., Proceso intelectual del Uruguay. Montevideo: Editorial Claridad, 1941.

OBRAS CONSULTADAS

Ardao, A., Espiritualismo y positivismo en el Uruguay. Mexico: Fondo de cultura económica, 1950.

Berisso, E., "Breves reflexiones," Nosotros, XXVI (mayo, 1917), 74-78.

Crawford, W. R., A century of Latin-American thought. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1961.

Ferrater Mora, J., Diccionario de filosofía. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1951.

Oribe, E., El pensamiento vivo de Rodó. Buenos Aires: Editorial Lusada, 1944.

Pi, W., "La obra de Rodó," Nosotros, XXVI (mayo, 1917), 83-85.

Rodó, J. E., Obras completas. Compilación y prólogo por Alberto José Vaccaro, Buenos Aires: A. Zamora, 1956.

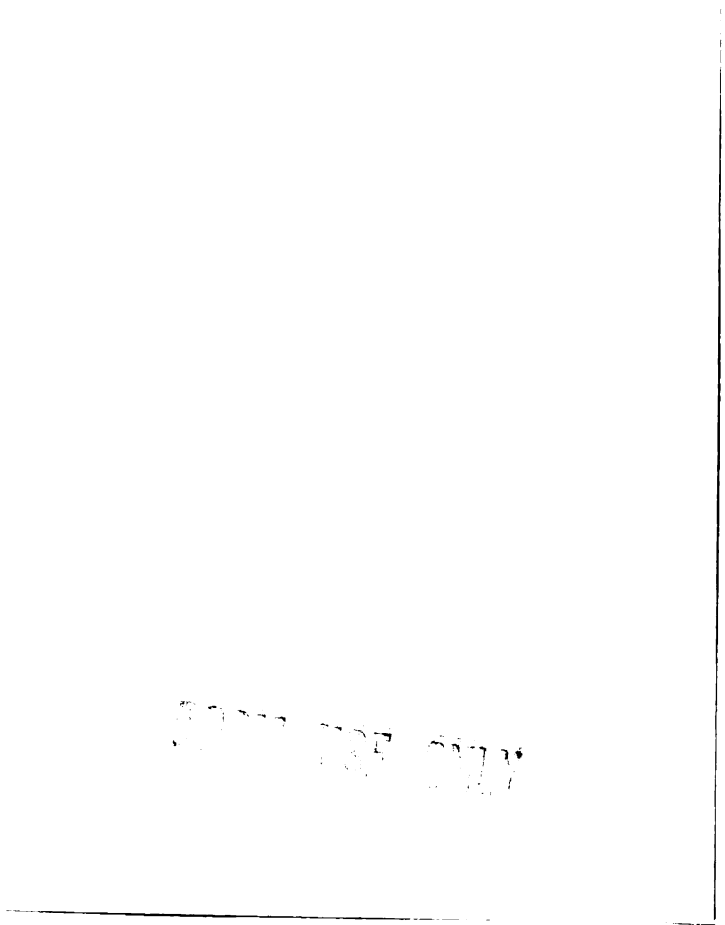
Urena, M. H., Breve historia del modernismo. Mexico: Fondo de cultura económica, 1962.

Ureña, P. H., "La obra de Rodó," Nosotros, IX (enero, 1913), 225-238.

Zaldumbide, G., J. E. Rodó: su personalidad y su obra. Montevideo: C. García & Cia., 1944.

Zaldumbide, G., J. E. Rodó. New York, Paris: Impresora de la casa editorial Bailly-Bailliere, 1918.

ROBIN USE ONLY



MICHIGAN STATE UNIVERSITY LIBRARIES
3 1293 03145 9740